

EL CORONEL
WILLOUGHBY VERNER

**UN PIONERO
DE LA
INVESTIGACIÓN
PREHISTÓRICA
EN ESPAÑA**

Por **LUIS MONREAL AGUSTI**

Ilustran la historia de la arqueología española los nombres de algunos arriesgados y tenaces pioneros.

Eran hombres de decidida vocación dispuestos a arrostrar cualquier dificultad y, sobre todo, a enfrentarse con la incomprensión de su época. Junto a verdaderos profesionales de la investigación, como Vilanova y Piera, como el abate Breuil o Adolf Schulten, deben figurar en esta enumeración autodidactas y aficionados de gran talla: Marcelino de Sautuola, el Conde de la Vega del Sella...

Willoughby Verner, ex coronel del ejército británico, pertenece a la segunda de dichas categorías.

Su vida, prácticamente inédita hasta ahora, se ha reconstituido a base de la muy escasa documentación accesible. Las lagunas que existen en esta biografía —la primera que sobre Verner se ha escrito—

no mermán la dimensión del personaje en sus facetas militar y científica.



POR no atender la máxima «nada más peligroso que un inglés acosado», Napoleón y Hitler perdieron sus imperios. Ambos ignoraban que la frase responde a la escueta realidad de la condición humana de los habitantes de las islas. Refleja la capacidad de una estirpe para resucitar de las cenizas a que la redujeran las adversidades, gracias a su dogmatismo doctrinal, fidelidad a unas normas sociales, sentido del honor y, gracias también a una tenacidad rayana en la testarudez. De esta clase era el coronel William Willoughby Cole Verner, simplemente Willoughby para sus compañeros de armas.

Cuando Verner ingresó en el ejército habían pasado ya



El mayor Willoughby Verner (sentado, en el centro), jefe del 2.º Batallón de la «Rifle Brigade», en Gibraltar (noviembre de 1874)

los tiempos de las cargas de «highlanders» marcando el paso y al son de la gaita; extinguidos los ecos de la guerra napoleónica, el arte militar entraba en una nueva fase. Inglaterra, lanzada sin trabas a su política imperial, formaba hombres preparados, en cuerpo y alma, para mantener unido el gigantesco mundo británico, hombres a los que no debía importarles vivir lejos de la isla en que habían nacido, lejos del fasto cortesano. Se acuñó así el tipo del «colonial», fundamentalmente caracterizado por su desapego de la madre patria y por su facilidad de adaptación a otras geografías. El ejército constituía el vínculo medular de las sociedades coloniales que en cual-

quier punto del Imperio rendían culto a las instituciones sacrosantas (la familia real, el té) y desarrollaban actividades similares a las de las gentes bien de la metrópoli (*sport*, servicios religiosos, *parties*). Willoughby Verner formaría parte de esta comunidad y, como otros muchos de sus compañeros, llegaría a mimetizarse de tal forma con las colonias que renunciaría a regresar a la verde Erin que le vio nacer.

El hombre de armas

En efecto, Verner nació en el Ulster el año de 1852. Ignoramos las circunstancias de su infancia y también los móviles familiares que le indujeron a escoger la carrera mi-

litar; su biografía, prototípica del «colonial», nos es absolutamente desconocida en dicha etapa. Sin embargo, hemos de suponer que su vocación se remontaba a la edad infantil, pues en la época era inconcebible alcanzar ningún grado del mando sin haber sido educado en una escuela castrense. La Gran Bretaña quería soldados ungidos de devoción juvenil, hombres que basaran su actuación en un impulso de adolescencia. Más que probable, seguro es que nuestro personaje ingresó en un centro del ejército hacia los dieciséis o diecisiete años de edad. A partir de ese momento, su vida tuvo un sentido concreto: superar a sus compañeros de promoción. Este

El cuartel base metropolitano de la «Rifle Brigade», en Winchester. Fue destruido por un incendio el 19 de diciembre de 1894.



estímulo era tanto más imperativo cuanto humilde la cuna de quien lo recibía. Y, dada la brillante carrera de Verner, es plausible suponer, o bien que su origen fuera modesto, o bien que se tratara del segundón de una familia irlandesa de cierta alcurnia, aunque desprovista de sobrados medios de fortuna.

A tenor de sus éxitos posteriores, hemos de imaginar al joven Willoughby como un brillante alumno de academia, sobre todo en las disciplinas de cartografía y topografía; junto a ello podemos verle en su faceta de intelectual: escritor, poeta, apasionado lector de los clásicos shakespearianos. Esta vertiente de su personalidad tal vez le hubiera acarreado dificultades en otro medio ambiente; por el contrario, va a ser aceptada por sus superiores como índice de su capacidad de comprensión, como garantía de objetividad en el mando.

Verner no podía saber por entonces lo que la vida le depararía, pero, fuera lo que fuese, se preparaba a ello desarrollando el autoconvencimiento en unos principios y el sentido de resignación ante los hechos consumados. De algo tendría que servirle todo aquello cuando, siendo ya un anciano valetudinario, tuviera que afrontar las noticias de que su hijo y su yerno, ambos marinos, habían muerto en acción durante la Gran Guerra.

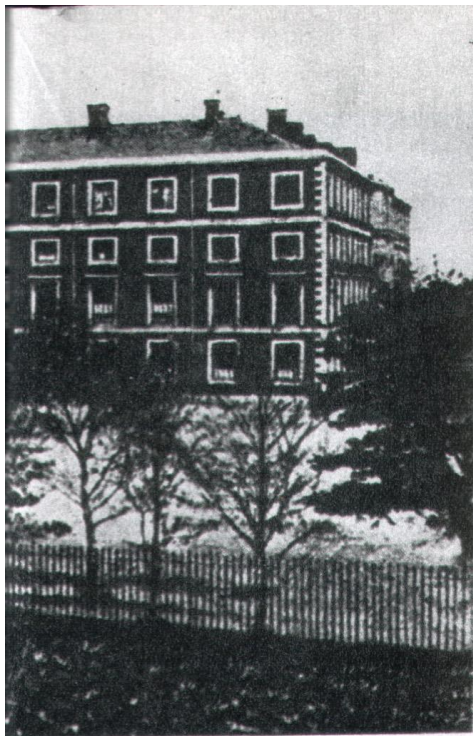
Es el espécimen del soldado imperial británico. Terminados sus estudios y consumada su graduación se le destinó a la Rifle Brigade —la Brigada de Fusileros—, donde fue ascendiendo en el escalafón. Era esta una agrupación compuesta por cuatro batallones independientes de infantería, presidida por Guillermo Patricio Alberto, duque de Connaught y Strathearn, la cual había recibido en 1862 el honroso título de «Brigada del Príncipe Consorte» de manos de Su Majestad la reina. Por las fechas en que suponemos que Willoughby Verner se incorporó a la Rifle Brigade (hacia 1874), Guillermo Patricio Alberto recibía un asiento en la Cámara de los Lores. Para completar la figura de este personaje diremos que era el tercer hijo de la reina Victoria y, por lo tanto, tío de la reina Victoria de España.

No iban a faltarle a Verner las oportunidades de destacar en su profesión. Cuando contaba treinta años de edad —corría el de 1882— la brigada fue enviada a Egipto para participar en una campaña que acrecentaría el prestigio del Imperio. Como resultado de ella, Guillermo Patricio Alberto era ascendido a general de división. Desde ese momento, la Rifle Brigade pierde a su jefe nominal, quien entra de lleno en la carrera política que le conducirá, en 1911, a conver-

tirse en gobernador general del Canadá, tras haber ocupado otros importantes cargos.

Nada de esto interfiere la ascendente trayectoria de Willoughby, quien el día 2 de diciembre de 1891 era ascendido al empleo de mayor y pasaba a ocupar el cargo de segundo jefe del segundo batallón de la brigada. La historia de dicha agrupación de infantería es puesta por escrito en un libro titulado «Crónica de la Rifle Brigade», junto a cuyo pie de imprenta (1895) figura la mención «recopilada y editada por el mayor Willoughby Verner». Surge, pues, de nuevo, la veta literaria y erudita de nuestro personaje, un segundón en el mando a quien se reconoce la aptitud para realizar, por quinto año consecutivo, el resumen de las actividades de su regimiento. Y el contenido de dicha crónica, que fue curiosamente hojeada en los clubs londinenses, responde por completo a las aficiones de su editor.

En primer lugar, figura en ella un calendario heroico en el que se rememoran las acciones más gloriosas de la brigada. Especial atención se dedica a las que se refieren a la guerra de la independencia española; semejante interés por nuestro país queda perfectamente explicado cuando se comprueba que una de las colaboraciones en el volumen, firmada Wil-



Willoughby Verner fue un típico oficial del ejército británico de la era victoriana, verdadero cimiento —con el funcionario, del cual no se diferenciaba demasiado— de aquel Imperio vastísimo y abigarrado cantado por Kipling. Una de las principales características de aquellos hombres era su adaptación a las más dispares geografías, hasta el punto de que llegaban a sentirse extranjeros en su patria.

Willoughby Verner, lleva el título de «Exploración en busca de nidos de pájaros en Andalucía». Por tanto, nuestro biografiado había recalado ya en Gibraltar y sus días libres de servicio le habían permitido adentrarse en territorio español para realizar su máximo *hobby*, la ornitología. La lectura del artículo nos informa de que ya en primavera de 1875 —en una de las idas y venidas de la Rifle Brigade a lo ancho del Imperio— el autor visitó con el mismo propósito la sierra del Retín (provincia de Cádiz, entre Barbate y Zahara), mientras que en ocasión más reciente su inquietud científica le había conducido a la laguna de La Janda, donde tuvo la suerte de localizar un nido de buitres cuya fotografía ilustra su trabajo. Nadie podía adivinar entonces la trascendencia que esta afición, avivada por el pequeño descubrimiento científico, iba a tener en el futuro.

Experto topógrafo y ornitólogo aficionado, Willoughby Verner demuestra asimismo en la «Crónica de la Rifle Brigade» un acendrado espíritu militar, a la inglesa. Las últimas páginas del libro están dedicadas a un capítulo importante de la vida comunitaria de las fuerzas del Imperio: el *sport*. Desfilan por ellas soldados y oficiales bigotudos que forman, adustos, en los equipos de *foot-ball* o polo, y se recogen también los nombres de los vencedores

en las diversas competiciones coloniales, destilándose para todos —perdedores y campeones— las más puras esencias del *fair play*.

Khartum y la guerra bóer

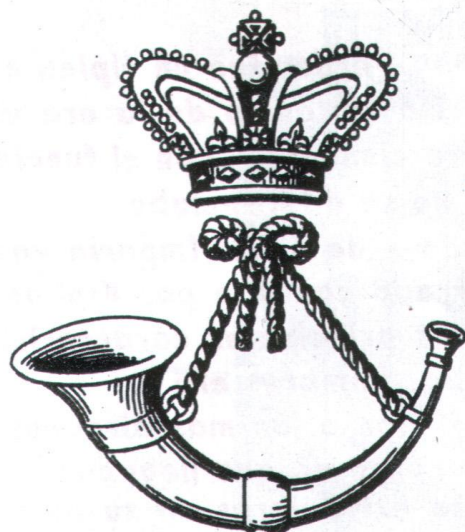
La Rifle Brigade, presente en la retirada de La Coruña, en la batalla de Vitoria, en Waterloo, en el sitio de Sebastopol y en tantas otras ocasiones propicias a patentizar las virtudes militares británicas no podían permanecer por más tiempo dedicada exclusivamente a publicar sus crónicas. Diez años antes de que apareciera la última de ellas, en 1885, el Imperio había sufrido una grave ofensa —la toma de Khartum por las fanáticas tropas del Mahdi— aún no reparada. Sin duda, más de un súbdito de Su Majestad se había irritado al recibir el libro compuesto por Verner, testimonio de la densa actividad social y deportiva de un aristocrático regimiento que nada había hecho por restablecer la cruz de San Andrés en el corazón de las posesiones africanas.

El felino británico despertó de su letargo poco después, dispuesto a vengar la afrenta de Khartum. Uno de los primeros síntomas de esta resolución fue el envío de la Rifle Brigade a Egipto, donde debía reunirse con las tropas angloegipcias del general Kitchener. Verner estaba llama-

mado a participar con ellas en el desquite sobre los insurrectos sudaneses, consumado en 1898 con la reconquista de Khartum. La campaña fue un modelo de organización logística. Nuestro biografiado se ocupó en ella de realizar los estudios topográficos previos al tendido de un pequeño ferrocarril, el cual debería asegurar las comunicaciones y avituallamiento de las guarniciones dejadas por Kitchener en puntos estratégicos del valle del Nilo.

Los hombres de aquel ejército no podían saber que la campaña sudanesa sólo era el principio de operaciones africanas de gran envergadura. En efecto, la situación siempre tirante que existía entre los colonos bóers sudfricanos y el Imperio desembocó en una guerra abierta al año siguiente de la toma de Khartum. Inglaterra, deseosa de unir sus posesiones egipcio-sudanesas con las del sur del continente negro, fue con su política de exasperación culpable del estallido. Claro que al mundo occidental el conflicto se le presentó de modo muy distinto, como si hubiese sido provocado por la rapacidad bóer. Era lo habitual.

El 11 de noviembre de 1899 se iniciaron oficialmente las hostilidades. Uno de los bandos estaba compuesto por colonos rudos y esforzados, por un ejército irregular en el que formaban hombres de to-



Badge of "The Rifle Corps."

Insignia del «Rifle Corps»,
donde sirvió Willoughby Verner

das las edades y, ocasionalmente, mujeres; dicha tropa se hallaba habituada al manejo de las armas desde la infancia y, además, luchaba en defensa de las tierras que sus mayores les habían legado. A ella se oponía el ejército de Su Graciosa Majestad, compuesto por ochenta mil hombres al mando del general Buller.

Los primeros meses de lucha demostraron a los políticos ingleses la imposibilidad de zanjar satisfactoriamente el conflicto en un corto plazo. Con una táctica de huidas, emboscadas y sorpresas, los bóers infligieron graves reveses a las fuerzas de Buller. Ello determinó al Parlamento a enviar refuerzos y a ordenar el relevo del mando en favor del general Roberts. Con todo, la lucha, aunque más equilibrada, seguía indecisa; el honor del Imperio requería la liquidación del conflicto, cosa que sólo podría lograrse concentrando en Sudáfrica las unidades más selectas del ejército británico.

Tras la campaña del Sudán, Kitchener gozaba de

merecido prestigio, por lo que recayó en él el nombramiento de general en jefe de la campaña bóer. La Rifle Brigade partía, pues, de inmediato en dirección a Ciudad del Cabo, dispuesta a entrar en liza. A la unidad de Willoughby Verner se le encomendó, a fines de 1900, fecha de su llegada al Africa austral, la ingrata misión de emprender operaciones de localización y limpieza de las partidas de guerrilleros. La orden obligaba al movimiento constante de la tropa, a una lucha poco ortodoxa contra un enemigo huidizo que explotaba al máximo el factor sorpresa. En tales circunstancias era de todo punto indispensable tener un conocimiento exacto del terreno por el que la brigada iba a desarrollar su actuación, necesidad que sólo podía ser satisfecha mediante descubiertas topográficas. Verner fue el jefe de este arriesgado servicio, cuyo desempeño le llevó a recorrer gran parte del Transvaal y de Natal. Los peligros inherentes al mismo quedaban de sobra compensados por las posibilidades de observación or-

nitológica que la oportunidad le deparaba.

Antes de que finalizara la lucha en 1902, Willoughby Verner caía gravemente herido en un encuentro con los bóers. Del hecho no queda otro testimonio que el que su protagonista proporciona en una carta que dirigió al eminente prehistoriador Breuil: «En la actualidad soy casi un inválido. Y ya hace doce años que estoy así. Fui terriblemente lacerado y herido en la Guerra de Africa del Sur, y tras varios años de sufrimiento tuve que abandonar el ejército. Por ello, ahora no puedo trepar con tanta agilidad como desearía y debo moverme sosegadamente».

Retirada del guerrero

Hospitales de campaña, evacuación a Inglaterra y convalecencia en la metrópoli del Imperio; esas fueron las tres etapas que tuvo que superar Verner como secuela de su campaña sudafricana. Se iniciaba para el colonial una nueva vida, alejada del brillo de los entorchados en los desfiles, de las ruidosas maniobras, de la práctica del polo con el *team* regimental. El cambio podría haber anonadado a cualquier otro, pero no al recién ascendido coronel W.W.C. Verner, antes destinado a la Rifle Brigade. Nada doblegaría al hombre; primero por inglés, luego por humanista.

Podemos reconstruir perfectamente la lucha interior de un convaleciente que no se resigna a cambiar de vida, imaginar cuán tenazmente se resistió a dejar el servicio activo. Frisaba los cincuenta años de edad y su hogar siempre había sido el ejército; tal vez era demasiado tarde para iniciar otras empresas. Claro está que también podía cumplir su deber de diferente forma; por ejemplo, como profesor de topografía en el colegio militar de Sandhurst. Durante un par de años transmitió sus conocimientos a los jóvenes alumnos que en dicho centro hacían sus primeras armas; el insólito sedentarismo le permitió estudiar a fondo algunos instrumentos topográficos que habían inventado en campaña, en los cuales intro-



Grupo de suboficiales y sargentos de uno de los batallones de la «Rifle Brigade». Muchos de ellos sirvieron a las órdenes de Verner. (Foto tomada en 1894.)

dujo numerosos perfeccionamientos. Llevado por su nostalgia, se ocupó también en este período de redactar un libro titulado «La vida militar de Su Alteza Real el Duque de Cambridge», el cual fue publicado en Londres en 1905.

Ninguna de estas actividades podía, sin embargo, devolverle algo que le era muy necesario: el cotidiano contacto con la naturaleza. Dado que el ejército ya sólo le ofrecía puestos burocráticos, Willoughby Verner tomó la difícil decisión de retirarse. El coronel actuó entonces como muchos otros de sus compañeros coloniales, es decir, abandonó Inglaterra para establecerse en un lugar de los que había conocido al servicio de la reina, Gibraltar. La Roca constituyó la primera base de sus expediciones ornitológicas, cuyo radio de acción fue ampliándose paulatinamente a tenor del fortalecimiento físico de nuestro hombre. Unos meses después de su llegada a la península, Verner dejaba la colonia y se establecía con su familia en una finca de Al-

geciras que adquirió con sus ahorros. La residencia, bautizada en castellano con el nombre de «El Aguila», era muy apropiada a sus deseos; en primer término, se hallaba más próxima que el Peñón a la zona de interés ornitológico; en segundo lugar, el coste de la vida era mucho más modesto en territorio español que en la colonia... factor digno de ser tenido en cuenta por quien basaba su subsistencia en una pensión militar.

«El Aguila» fue sin duda el típico refugio de inglés colonial; en él se daban cita los ex compañeros de Verner, cada vez que estos recalaban en Gibraltar. También frecuentaban la mansión los jefes y oficiales de La Roca, atraídos por la erudita charla del coronel y por las exquisiteces que su cocinero ofrecía. Algunos huéspedes se sumaban regularmente a las excursiones ornitológicas que el anfitrión organizaba por las serranías andaluzas, excursiones de varios días de duración en las que intervenían acemileros de la comarca; Verner aprendió de ellos un

pintoresco castellano coloquial teñido de fuerte acento irlandés.

Pasaron meses y años, sucediéndose las visitas del coronel a los escarpados riscos en que anida el buitre y el águila, a los acantilados costeros en que medran los pájaros marinos, a las marismas guadalquivireñas, a todos aquellos lugares que le ofrecían la posibilidad de observar la vida salvaje. Verner reunía anotaciones y fotografías. Con el material pacientemente recogido escribió un libro («Mi vida entre las aves silvestres de España»), que tuvo auténtica resonancia científica al ser publicado en 1909. Por entonces, la guerra bóer era un lejano episodio, tan sólo recordado en los días desapacibles y húmedos por las molestias de las viejas heridas.

El gran descubrimiento: la «Cueva de los Letreros»

«De hecho, cualquier aspecto de la Historia Natural me interesa», diría unos años después el coronel Willough-



by Verner. Y la frase es importante porque expresa la insaciable curiosidad científica del personaje, su inquietud por ahondar en los secretos del mundo que le rodeaba. A este hombre le estaba reservado un gran descubrimiento.

Cierto día del mes de enero de 1907, Verner y sus acemileros regresaban de una excursión ornitológica; soplabla viento de la sierra y la temperatura era extremadamente baja. El sendero zigzagueaba en un terreno quebrado e inhóspito y los hombres caminaban por él golpeándose los costados para espantar el frío; nada invitaba a la charla. La locuacidad andaluza surgió de nuevo al hacer un alto al abrigo de un farallón rocoso. Mientras reponían fuerzas, los guías del coronel se enfrascaron en una conversación de la que éste pudo

captar las palabras «una cueva con escritos en las paredes»; aquello le interesaba.

A los tiempos de la infancia se remontaba su afición por las cavernas, precisamente a los días en que exploró en Somerset la denominada Banwell Cave. No conservaba los fósiles recogidos en dicha ocasión, pero sí el recuerdo de la aventura. Por ello intervino en la conversación de sus hombres hasta enterarse de que a unos pocos kilómetros de distancia existía una gran cavidad, famosa en la comarca por las «letras» pintadas que había en sus paredes. Mentalmente, Willoughby se propuso visitarla en su próxima expedición ornitológica.

Diversas circunstancias impidieron que el coronel lo hiciera hasta más de dos años después. En el *impasse*, éste se había dedicado a recoger

información sobre la cueva. Sabía, por ejemplo, que el autor del descubrimiento había sido un campesino que buscaba guano para abonar sus viñas. Dicho propósito le llevaba a encaramarse por los riscos, explorando las oquedades en que anidan aves y murciélagos. A través de una de ellas, no más amplia que una gatera, había penetrado en la enorme cavidad llena de inscripciones «que ningún hombre ha podido leer». También sabía Verner antes de iniciar su aventura que en el interior de la cueva se abría un abismo insalvable.

Estas noticias circulaban por la región configurando la leyenda de la «Cueva de la Reina Mora», «Cueva de los Murciélagos» o «Cueva de los Letreros», nombres todos ellos con que se la conocía popularmente. En el capítulo de



Gibraltar visto por el pintor y dibujante inglés David Roberts. Después de un largo viaje por España, Africa y el Próximo Oriente, Roberts publicó, entre 1835 y 1839, una serie de grabados de paisajes y monumentos de las tierras que había visitado. Willoughby Verner fue destinado a la guarnición de la plaza gibraltareña unas décadas después.

les mostró un orificio que «parecía una ventana en el flanco del peñascal, de unos ocho pies de alto por cinco de ancho». Este acceso no era, sin embargo, practicable, puesto que se abría a la sima del interior de la cueva, de cuya existencia ya tenía Verner noticia. El primer vistazo permitió que el coronel reconociera una gran sala de profundidad incalculable, cuyo techo estaba erizado de estalactitas. Iluminadas con la linterna de hojalata, brillaban como agujas de plata.

La impaciencia del ornitólogo por penetrar en aquel antro que prometía interesantes descubrimientos se calmó un tanto al saber que el pastor conocía otra entrada. Era un estrecho túnel, como una «madriguera de zorro», por la que se debía avanzar a rastras, el cual desembocaba en una plataforma de roca, justo debajo del orificio al que antes se asomara. La oscuridad impedía calcular la profundidad del abismo que se abría ante él, pero el tiempo que tardaba en percibirse el sonido de una piedra arrojada a la sima le hizo concebir esperanzas acerca de la posibilidad de descenso. Uno de sus hombres se prestó a bajar, atado a una sogá de cien pies de longitud. El equipo de superficie dio cuerda lentamente hasta que el intrépido espeleólogo emitió un grito para indicar que había llegado al fondo; se hallaba tan sólo a unos doce metros por debajo de sus compañeros. Estos descendieron a continuación utilizando idéntico procedimiento.

Una vez reunido el grupo, Verner inició el reconocimiento de aquel sector de la caverna. Su piso, resbaladizo y fangoso, estaba compuesto por bloques de roca desprendidos de la bóveda; al frente se hallaba cerrado por un escarpe vertical que el pastor aseguró podía escalarse en las épocas en que la cueva tenía menos humedad. Pero es-

taban en primavera y era quimérico intentarlo. Ante ello, Willoughby tuvo que posponer su deseo de seguir adelante y dedicarse exclusivamente a explorar el fondo de la gran sala.

«Por fin tuvimos suerte con la misteriosa cueva —escribió el coronel— y fueron recompensados nuestros largos esfuerzos, tantas veces aplazados. A la luz de una pequeña linterna vimos en las paredes lisas de los acantilados series de signos o caracteres de curiosa forma; los unos, grabados con un instrumento cortante; los otros, dibujados con pigmentos negro. Tras años de fallidos intentos, estábamos en presencia de una mística escritura que ningún hombre ha podido leer».

Comienza la investigación

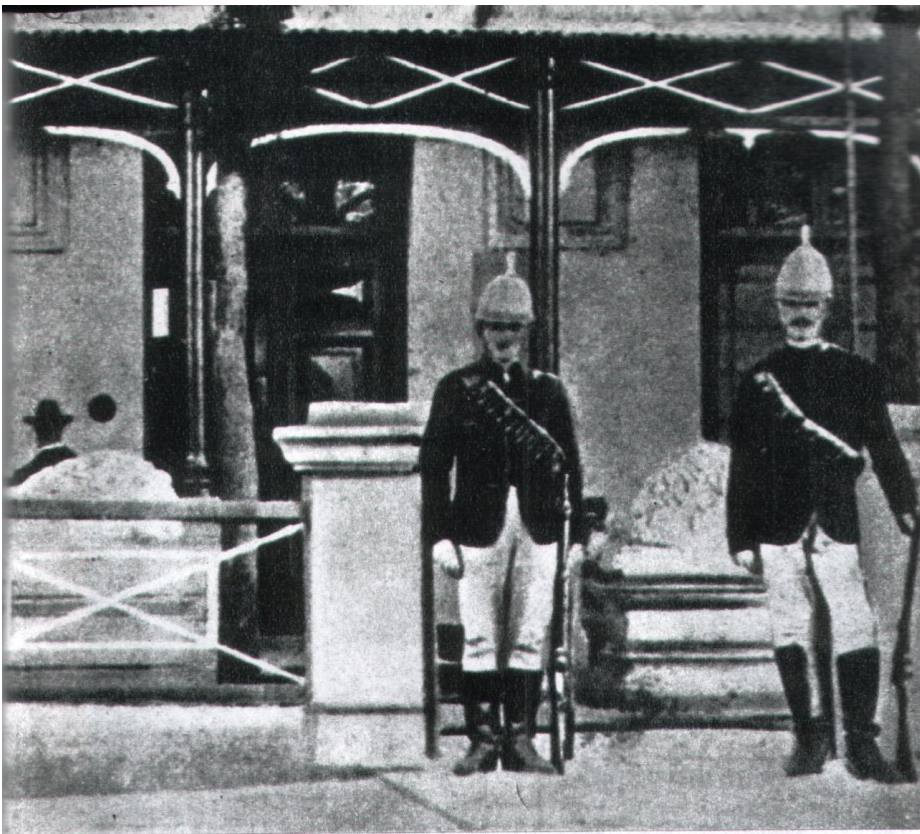
Verner abandonó la cueva con el propósito más decidido que nunca de regresar a ella bien equipado y sin prisas. En la parte visitada había hallado huesos humanos y de animales; algunos de ellos estaban aprisionados por las coladas estalagmíticas y fueron arrancados a golpe de martillo. También recogió fragmentos de cerámica hecha a mano, cuyo color y textura eran «diferentes de los tiestos moros y romanos que frecuentemente aparecen en las serranías andaluzas». En la mente del coronel bullían numerosas preguntas acerca de los antiguos habitantes de la cueva y sobre el significado de los extraños símbolos trazados por aquellos. Para obtener nuevos elementos de juicio, envió las muestras óseas al Real Colegio de Cirujanos de Londres, donde fueron meticulosamente estudiadas. Unas semanas después, Verner recibía el informe redactado por el doctor Arthur Keith. De él entresacamos algunos párrafos:

«Los fragmentos de huesos

la información apócrifa situó el coronel ciertos rumores relativos al descubrimiento de tesoros fabulosos en la caverna.

Durante la primavera de 1909 pudo Verner ponerse, por fin, en camino. Le acompañaban sus fieles acemileros y varios miembros de la tripulación de un navío británico anclado en Gibraltar, «buenos montañeros dispuestos a cualquier aventura». El paraje de la serranía de Ronda en que se halla enclavada la cueva sobrecogió el ánimo del grupo expedicionario; es una profunda barrancada de paredes abruptas, en cuyo fondo brilla un hilo de agua. Dejando los mulos en el fondo, los hombres iniciaron la ascensión hacia una plataforma amesetada que adivinaban a trescientos pies de altura sobre sus cabezas. Allí hallaron a un pastor, quien





**Lugares y paisajes
que fueron
escenario de las
actividades militares
de Willoughby Verner.**

Arriba y a la izquierda, el parque de ingenieros de Chatham, con pontones embalados y cargados sobre carretas, y con soldados confeccionando gabiones. Verner efectuó trabajos de ingeniero militar durante la expedición de Kitchener al Sudán. Soldados británicos en El Cabo. Abajo, destacamento británico de caballería efectuando un reconocimiento durante la guerra bóer (foto tomada en enero de 1900).



Ejercicios de transmisiones
mediante heliógrafos
realizados por los
soldados del 2.º Batallón
de la «Rifle Brigade», en la
época en que lo mandaba
Willoughby Verner.

humanos son muy interesantes. El extremo superior de un fémur derecho no pertenece, desde luego, a ninguna raza moderna sino a un tipo humano del Paleolítico. La tibia es asimismo muy primitiva.»

«También hay algunos huesos de mamíferos. La mayor parte de ellos corresponden a un animal similar al antilope, pero no a una especie moderna. El doctor Andrews, del Museo Británico, y yo no hemos logrado hallar un tipo zoológico parecido.»

«Todos los huesos deben ser estudiados de nuevo, pero a pesar de ello no existe ninguna duda de que se trata de vestigios de considerable antigüedad, probablemente asignables a un momento temprano del período Cuaternario.»

Verner no iba a detenerse en este punto. La siguiente etapa consistió en remitir sus hallazgos al Museo Británico de Historia Natural, por entonces recién instalado en el suntuoso edificio de South Kensington. Unos días antes de que el coronel partiera para Inglaterra, donde permanecería durante el verano, recibió una carta del doctor Smith Woodward en la que se le agradecía el donativo. «Nos interesan de un modo especial —se decía en ella— los especímenes de un cáprido que figuran en su envío; esperamos que sea posible obtener más información acerca de éstos.»

Ya de regreso en Algeciras, a comienzos del otoño, Willoughby Verner tuvo la satisfacción de leer el informe definitivo del Real Colegio de Cirujanos, firmado por el doctor Keith. Según éste, los fragmentos de fémur, tibia y húmero «corresponden al parecer a un solo individuo, muy probablemente a una mujer de tipo pigmeo cuya estatura oscilaría entre unos cuatro pies dos pulgadas y cuatro pies seis pulgadas». Más adelante agregaba: «Los



huesos emiten un sonido metálico cuando se los golpea, prueba de que se hallan realmente mineralizados o fosilizados. El fémur es, en mi opinión, de aspecto simiesco, tal vez el más simiesco de los descubiertos hasta ahora. Pero se necesitan nuevos hallazgos que confirmen lo dicho; en su espera, debe procederse con mesura. Estos vestigios humanos recuerdan, en cierto modo, los caracteres de la raza andamanesa, y presentan afinidades con el gorila.»

Pero existía otra cuestión que preocupaba a Verner, ¿cuál era el significado de los símbolos pintados en la pared de la cueva? Miraba y remiraba los dibujos que había trazado en su libro de notas, tratando de hallar la inspiración genial que le permitiera descifrarlos. Su espíritu científico le demostró la abundancia de un sig-

no compuesto por una línea horizontal en la que confluían varias paralelas entre sí, como si se tratara de una letra griega *pi* dotada de múltiples patas. «Cierta persona que ha examinado mis croquis afirma que estos símbolos presentan similitudes con la escritura caldea, pero yo me reservo mi opinión en este asunto», escribió cautamente el coronel. El rumbo de sus hipótesis era muy otro; creía que el cúmulo de trazos correspondía a un intento de medir el tiempo, por medio de un rudimentario sistema de contabilidad de los días.

Willoughby pudo dejar la investigación de gabinete y emprender de nuevo la explotación de la caverna en otoño de 1910. Un año antes, a su regreso de Inglaterra, había visitado también la cueva, pero no había podido penetrar más lejos que la

El dueño de una finca algecireña, significativamente bautizada con el nombre de «El Aguila», se dedicaba con pasión a la ornitología. En el curso de una excursión ornitológica supo de la existencia de una cueva «con letreros». Hombre de curiosidad científica desvelada, Verner se interesó de inmediato por aquella caverna.

primera vez, pues la halló intransitable por las lluvias caídas en la región durante aquella época. La suerte iba a ser más propicia en esta ocasión; le acompañaban cuatro amigos británicos y contaba con un buen equipo de escalada —cuerdas, piolets, etcétera—, con lámparas y luces de magnesio, amén de provisiones para varios días.

«The Saturday Review» propala el descubrimiento

La exploración fue fructífera. Permitió que Verner cobrara una noción exacta de las dimensiones gigantescas de la caverna y de su trazado laberíntico. Como experto topógrafo que era, pudo en aquella ocasión levantar un plano preliminar de la misma, el cual daría paso posteriormente a un trabajo más detallado, definitivo. Pero lo más importante de todo fue que el coronel descubrió gran cantidad de nuevos dibujos trazados en las paredes, y éstos ya no eran extraños símbolos, sino magníficas representaciones de animales pintadas en diversos colores. Toros o bueyes, caballos, cabras monteses y otros ejemplares de una fauna salvaje desconocida, se combinaban allí con toscas figuras de hombres que al coronel le recordaron los monigotes de la «tía Sally» que él mismo pintó en su infancia. Había también extrañas formas, indescriptibles e ininterpretables, más «letras», el dibujo de un gigantesco animal pisciforme, y en algunos puntos de la gruta, las huellas evidentes del paso de osos.

Willoughby Verner creyó llegado el momento de dar publicidad a su hallazgo, para lo cual se puso en contacto con los editores del «Saturday Review» y se ofreció a escribir una serie de ar-

tículos que narraran la historia del descubrimiento y describieran el contenido de la caverna. Al semanario le interesó la propuesta del coronel, cuya colaboración fue publicada en seis entregas durante los meses de septiembre y octubre de 1911; su título —«Cartas desde la más agreste España. Una caverna misteriosa»— bastó para captar considerable número de lectores. Así, la prosa del soldado colonial fue deshojada con fruición entre «porridges», huevos cocidos y aroma de té, en sucesivas mañanas dominicales. Las noticias que el «Illustrated London News» y otras publicaciones británicas suministraban acerca del descubrimiento de cuevas prehistóricas en el sur de Francia y en el norte de España quedaron eclipsadas por el relato ameno y desenfadado del coronel.

El azar llevó uno de los artículos de Verner a manos de Henri Breuil, un joven sacerdote francés que por entonces comenzaba a despuntar como investigador de las cuevas prehistóricas; su primera obra importante había sido la publicación de la de Altamira, descubierta años atrás por Marcelino de Sautuola. Las noticias del «Saturday Review» le interesaron extraordinariamente, tanto que muy poco tiempo después, el 17 de noviembre del mismo año, escribía al coronel —su dirección le había sido suministrada por la Redacción de la revista— preguntándole si tenía algún inconveniente en guiarle a la cueva. Verner no deseaba otra cosa. A vuelta de correo comunicó a Breuil que estaba a su entera disposición: «...Si hay algo más que en particular quiera usted buscar en las cuevas, hágame lo saber y yo haré lo mejor que sepa para cumplir sus instrucciones. Sinceramente suyo. W. V.»

Era el principio de una afortunada colaboración que conduciría al establecimiento

de una firme amistad entre dos hombres excepcionales.

Breuil, en La Pileta

En marzo del año siguiente de 1912, Breuil llegaba a Algeciras; en la estación le esperaba un hombre veinticinco años más viejo que él, un hombre sesentón que cojeaba ostensiblemente al andar. El sacerdote iba acompañado por tres eminentes investigadores: Hugo Obermaier —clérigo también—, Paul Wernert y Juan Cabré. Traían consigo varios rollos de cuerda, tal como les había indicado por carta quien ahora les daba la bienvenida en el andén ferroviario, y estaban dispuestos a emprender una aventura singular.

Willoughby Verner los recibió con afecto y admiración, como tantas otras veces recibiera a los jóvenes tentientes que se incorporaban a la unidad a su mando. Pero esta vez era distinto; sabía que los recién venidos eran hombres de ciencia, mientras que él era «meramente un soldado que ha dedicado sus horas de ocio al estudio de la Historia Natural».

En los días que precedieron a la partida se anudaron lazos de mutuo afecto entre el cura francés, Breuil, y el coronel británico. Ambos recorrieron Gibraltar vestidos de paisano —el uno sin su sotana; el otro sin sus charreteras—, completando el equipo necesario para explorar la caverna. Verner había organizado meticulosamente el viaje. Contaba con la autorización para establecer su base de operaciones en una casa de la aldea de Jimena, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles de Andalucía, albergue que antes había acogido a los trabajadores de la línea férrea. Cuando los expedicionarios llegaron a ella, les esperaban ya los fieles acemi-



Dibujos de las pinturas rupestres de la Cueva de la Pileta, en la serranía de Ronda, término de Benoaján, llamada también «de los Letreros» y «de la Reina Mora». Explorada por Verner en la primavera de 1909, en la de 1912, el propio Verner, el abate Breuil, Hugo Obermaier, Cabré y otros efectuaron una segunda y completa investigación. Los dibujos que ilustran esta página proceden del estudio («La Pileta») redactado por los investigadores mencionados. La publicación del mismo fue sufragada por el príncipe Alberto de Mónaco



leros del coronel, quienes se habían ocupado de instalar lechos y una cocina de campaña. Las instrucciones del militar se cumplían al pie de la letra.

Desde allí, la cueva dista dos horas de cabalgada en mulo por peligrosos senderos de montaña. Breuil, a pesar de hallarse habituado a visitar lugares inaccesibles, quedó hondamente impresionado por el paraje en que se abría la cavidad y por la dificultad que suponía alcanzarlo. Mayor fue su emoción al contemplar las pinturas que Verner había descubierto, la grandiosidad de sus salas y la riqueza de hallazgos que proporcionaba. En el prólogo del libro que escribió sobre la cueva su habitual laconismo científico parece contagiarse del entusiasmo literario del coronel; las peripecias de la exploración bien valían tales excesos.

El equipo de investigadores se benefició, en el curso de su misión, de la ayuda de los lugareños. Entre éstos destacaba, por su agilidad trepando a los riscos subterráneos y por su entusiasmo un campesino llamado Tomás Bullón, que habitaba al pie de la cueva, en el cortijo de Arillo. A él le correspondía la propiedad de la misma, puesto que estaba enclavada en sus tierras, y de ahí en adelante viviría únicamente para guardar aquella maravilla que el destino había decidido fuera suya. Sus descendientes siguen hoy animados por la misma idea.

La exploración realizada por Breuil y sus compañeros fue exhaustiva. Permitió conocer nuevas galerías decoradas con pinturas —entre otras el pequeño camarín que se conoce con el nombre de «El Santuario»—, así como alcanzar una gran sala donde existe un pequeño lago, «La Pileta», que ha bautizado definitivamente a la cueva. El trabajo, intenso y febril, consistió en la copia de las representaciones rupestres y en la confección de un plano completo, labor que como es lógico recayó en Willoughby Verner. Con todos estos materiales se redactó un estudio titulado «La Pileta, en Benaolán (Málaga)», cuya publicación fue sufragada por el príncipe Alberto de Mónaco, mece-

nas de los primeros estudios sobre arte prehistórico. El coronel incorporaba, pues, su firma a la incipiente bibliografía.

El 18 de abril de 1912 se daba por finalizado el trabajo en La Pileta. Breuil, Obermaier abandonaban el lugar y decían un sentido adiós al viejo colonial con quien habían compartido la profunda emoción del descubrimiento. No era, sin embargo, más que una despedida simbólica, puesto que mantendrían con él una copiosa correspondencia, gracias a la cual conocemos algunas de las circunstancias de su vida y, en particular, las relativas al descubrimiento que lo ha inmortalizado.

Epílogo

Willoughby Verner partía también de Algeciras a principios de mayo siguiente. Se sentía viejo y cansado, aunque henchido de satisfacción y alegría vital; su misión estaba cumplida. Marchaba a Inglaterra con el secreto propósito de pasar allí sus últimos años, de renovar en la senectud una vida social que casi había olvidado. Aunque no se atrevía a reconocerlo, sabía, sin embargo, que no podría permanecer por mucho tiempo oprimido por la atmósfera de los salones, que el fasto cortesano jamás podría compensarle de la pérdida de contacto con la amada Naturaleza. A pesar de todo, el éxito del libro de La Pileta logró dorar la píldora de su cautividad por algún tiempo.

El 26 de octubre de 1912, el coronel escribía a Breuil acusando recibo de las fotografías de la cueva que aquel le había enviado. La carta proporciona una buena muestra del súbito estallido vanidoso que se produce en algunos hombres, aun en los mejores, al filo de la decrepitud. «Ayer —dice— estuve almorzando con Su Majestad, la emperatriz Eugenia, y le expliqué por la menuda nuestras exploraciones. Ella se mostró muy interesada y yo le entregué un ejemplar del libro. Le dije también que en la familia de V. son todos imperialistas, y ella dijo al respecto *des choses*

charmantes». Verner estaba recuperando posiciones en un «*cursus honorum*» por el que nunca se había preocupado. En la misma carta agrega: «Voy a enseñarle las fotografías a Su Majestad. En palacio he encontrado al conde y a la condesa de Mora, y también al conde y a la condesa de Lesseps».

Nadie se engañaba al respecto; cuantos le conocían, estaban seguros de que Verner no anidaría en la corte. Y era lo cierto. El ave migratoria, tullida por las heridas sudafricanas, emprendió el vuelo al cabo de unos meses hacia las tierras del Estrecho. Allí pasaría los diez últimos años de su vida, luchando con un organismo al que ya no le quedaban arrestos para proseguir las empresas ornitológicas de antaño. ¡Cómo tuvo que emocionarle la última visita de Breuil, en la que éste le comunicó los descubrimientos que acababa de realizar en la cueva gibraltareña de Dewil's Tower! Corría el año de 1921 y ya las manos del coronel, postrado en su sillón, apenas podían sostener los utensilios prehistóricos que su amigo le mostraba. Poco después, exactamente el 25 de enero del año siguiente, su vida extinguía en la finca «El Aguila».

Willoughby Verner aguardó tan decisivo momento con lucidez mental y tranquilidad de espíritu, la tranquilidad que proporciona el haber sido fiel, durante toda una vida, a la arenga del almirante Nelson.

Otro hombre de su talla, el abate Henri Breuil, debía dedicarle el mejor elogio póstumo:

«En mi recuerdo hay un lugar especial para el coronel W. Verner. Sobre la base de nuestro común amor a la naturaleza y a España se estableció una estrecha amistad entre el protestante del Ulster, *vielle culotte de peau* de palabra a veces un poco ruda, y el entonces joven abate explorador... Nos unían muchas afinidades, y juntos éramos capaces de grandes cosas. Aunque hablaba bastante mal el español, comprendía y amaba el alma primitiva de las gentes de aquellas sierras, cuyas simpatías había conquistado, se tratase de guardias o de contrabandistas.» **L.M.A.**